

Introducción¹

Todavía en la década de los ochenta, uno podía sentirse relativamente cómodo dentro de lo que hoy denominaríamos paradigma de la Modernidad. El país había salido de una larguísima dictadura que, hasta su desaparición, se había empeñado en poner barreras a cualquier ansia de modernización. En consecuencia, había prisa por ponerse al día en cuanto a las conquistas y libertades (políticas, artísticas, sexuales...) que nuestros vecinos europeos disfrutaban desde, por lo menos, el mayo del 68. Así pues, los ochenta fueron años propicios para ahondar en la conquista de esa Modernidad plena de la que, debido al franquismo, habíamos sido excluidos. La Modernidad, con toda la complejidad que entrañaba, era el paradigma en el que nos mirábamos, desde el pensamiento y la política hasta la literatura y el arte. Nos corría prisa y por ello nos apresuramos en franquear cuanto antes los peajes que certificaran nuestra apuesta firme e inquebrantable por dicha Modernidad.

Los ensayos vanguardistas en narrativa (antinovelas, cuentos experimentales) y en poesía venían acompañados de infinidad de propuestas allegadas a la literatura vasca de tradiciones e imaginarios renovadores.

Sin embargo, visto en perspectiva, no deja de sorprender la rapidez con que se produjo el cambio. En poco más de una década se quemaron muchas etapas. Porque los noventa fueron años en los que, mientras, por un lado, se recogían los frutos maduros de los ochenta, con el Premio Nacional de Bernardo Atxaga al frente, se barruntaba en la cultura vasca algo que en aquel momento todavía resultaba imperceptible: el cambio en las expectativas artísticas y existenciales que acabaría contagiando irremisiblemente todo el tejido de nuestra sensibilidad, traspasando los poros de la vida social y cultural del país.

Según avanzaba la década, y nos conducía indefectiblemente al nuevo siglo, este cambio que afectó al modo de vivir y sentir la propia individualidad parecía adquirir conciencia de sí misma. Y todo parece indicar que en el entreacto —no en vano se vivía el fin de las ideologías a raíz de la caída del muro de Berlín— algo fundamental había cambiado. Es decir, no nos reconocíamos ya en las aspiraciones y utopías de la Modernidad.

1. Este monográfico se inscribe dentro del Proyecto de investigación que lleva a cabo el grupo LAIDA bajo el número IT 851/13, promovido por el Gobierno Vasco/Eusko Jaurlaritzza.

¿Cómo afectó al arte este trascendental cambio de paradigma? Para entonces se venía hablando largamente de deconstrucción, de la muerte de los grandes relatos y de la muerte de las utopías. Y también de postmodernidad. ¿Cómo afecta a la literatura y al arte todo este proceso de transformación que, según F. Jameson, inmerso en la fase del capitalismo tardío, vive el pensamiento occidental en el ámbito de la filosofía, el pensamiento y el arte?

De unos años a esta parte, una serie de historiadores y críticos de la literatura vasca vienen aportando sus ideas y reflexiones en un intento por esclarecer estos fenómenos a la luz de los nuevos tiempos.

Se han realizado mesas redondas y se han publicado artículos y libros sobre el tema. Autores como Jon Kortazar (UPV), Joseba Gabilondo (Universidad de Michigan), José M^a Pozuelo Yvancos (Univ. de Murcia), Joseba Zulaika (Reno), Ur Apalategi (Univ. de Pau-Burdeos), Iñaki Aldekoa (UPV), han tomado parte en el debate. *La narrativa vasca hoy*, de Jon Kortazar (Cuadernos de Mangana 27, 2003); *Narrativa y Postmodernidad* (Cuadernos de Mangana 30, 2005), de José M^a Pozuelo Yvancos; “Globalizazioa eta kulturantzatasunaren fantasma” (*Egan*, 2007), de Joseba Gabilondo; “Postmodernitatea gurean” (*Egan*, 2006), de Iñaki Aldekoa, o los trabajos de Joseba Zulaika sobre el impacto del museo Guggenheim de Bilbao desde la óptica de la ciudad, son algunos de los resultados más sobresalientes de esta reflexión.

Sería nuestro deseo adelantar algunas conclusiones que, con la perspectiva que concede el transcurso de una década (2000-2010), vendrían a consolidar y afianzar algunas de las hipótesis y reflexiones que nos hacíamos de aquella transformación de los noventa que intuíamos todavía en ciernes y que goza en el presente de carta de ciudadanía.

Iñaki Aldekoa Beitia
Jon Kortazar